

Cuentos de una mente perturbada y microrrelatos.

Alex R.P.



Capítulo 1

HAY UNA MUJER EN MI VENTANA

.

Los penetrantes ojos negros de la señora que me observa tras la ventana de mi habitación hace rato que han dejado de fascinarme y han comenzado a parecerme sobrecogedores. Quizá no exista sinónimo alguno para el horror tan profundo que siente mi alma al ser atravesada por la oscuridad que esa figura desprende. No es tan solo el hecho de que una mujer esté perturbando mi intimidad abordando con sus ojos, a la vez cansados y entusiastas, todos los rincones de mi cuarto. Lo que realmente me eriza la piel es poder ver a esa mujer ahí, toda estática sabiendo que mi casa se encuentra en un séptimo piso de un edificio en medio de la más inmensa nada y que la ventana donde se encuentra esa vieja anciana curiosa da ni más ni menos que a la avenida.

No pronuncia palabra, no gesticula, no presenta signo alguno de que respire siquiera, tan solo mira. Mis inútiles intentos por espantarla son en vano, no reacciona, no responde a mis palabras, solo me sigue con la mirada, con su negra y fría mirada. Casi puedo sentirla, es densa, como el ambiente que deja su presencia.

Me coloco firme frente a la ventana, juego a sus cartas, me pongo a espiarla, inspecciono su rostro. Es una mujer pálida, ya anciana, de poco pelo. Está abrigada, hace frío fuera, lleva bufanda y unas gafas. Indago en lo más profundo de mi memoria para intentar darle un sentido a la aparición, pero no consigo recordar nada. Su rostro no se encuentra archivada en mi cabeza.

La mujer ya me incomoda, agarro el pomo y con fuerza abro la ventana. Le grito que se marche, pero para cuando me percato ya le había hablado a la nada. La mujer ya no está, cierro la ventana y de nuevo me observa. Tiempo tardo en entenderlo, no se trata de un fantasma, ni tampoco de un espectro. No ha venido a hacerme daño. Tan solo observa asustada y cansada los ecos de demencia a través de mi ventana.

Capítulo 2

CARIÑO

.

Cariño yo te quiero, aunque ya no me dediques tiempo. No consigo reprimir mis lágrimas cuando sales por la puerta, siento tristeza y pesadumbre desde aquel día. Prométeme, aunque ya no me hables, que nunca más discutiremos. Fui una estúpida y aun hoy cargo con toda culpa, pero este castigo que me impones me supera.

Cariño quiero que estemos como antes, quiero poder ver una sonrisa en tu cara, quiero sentir tus caricias en mis mejillas, quiero que me beses despacio en los labios y sentir, aunque lo ocultes con tu personalidad fuerte y dura, que me quieres.

¿Sabes aun que te quiero? No soporto que me ignores ni que me conviertas en tu esclava. Al menos mírame a los ojos cuando me arropas. Tengo frio, me siento fea, noto como cada vez te doy más asco, pero no es mi culpa. Yo no elegí las heridas, y aunque hayan dejado de sangrar aun me tratas como si estuviese enferma.

Lo único que hago es quedarme postrada en la cama y esperar a que vuelvas con las mantas por encima, para que nadie me vea, para que nadie me note, para que nadie me huela. Únicamente me quedo inmóvil ansiando tu llegada, y aunque solo me destapes para penetrar mi cuerpo sin tan solo mirarme yo sé que en el fondo me echas de menos, que te arrepientes de todo lo que has hecho. Y pese a que ya no lo puedas oír de mi boca, solo decirte que te quiero y te perdono.

Capítulo 3

YA CASI SON LAS TRES

.

Ya casi son las tres, debería arreglarme para ir a recoger a los niños, debería ser puntual por una vez. Hoy es un día importante, al fin me he levantado de la cama. Me siento útil, lleno de energía. Oscar y Susy hoy estarán orgullosos de mí, pasarán el día con papa y así mama verá que puedo ser buen padre, que soy capaz de quererlos, que soy capaz de cuidarlos.

Pero me tengo que asegurar de que ella no me vea, ella no puede saber de mi plan. Debe ser una sorpresa, sino le puede parecer mala idea, me puede frenar y sabotear. Si, debo ser rápido, debo llegar el primero. Quizá no me reconozcan, debo ir presentable. Esconde las pastillas, no deben saber de tu enfermedad. Dúchate, péinate, arréglate, ya casi son las tres.

El colegio no está lejos, aunque, es mejor que coja el coche, si, será lo mejor. Igual decidimos dar una vuelta por la ciudad, quizá tomar un helado, quizá ir al cine. Quiero ser un buen padre, quiero que me vean como un buen padre. No quiero que me teman, no quiero que te teman. Esconde las pastillas y arranca, ya casi son las tres.

El colegio parece desierto, aún no han salido. Apenas hay padres fuera, no salgas del coche, pueden reconocerte. No querrás que avisen a su madre, no quiero que avisen a su madre. Esperaré en el coche, enfrente de la gran puerta.

Suena la bocina, los niños salen en manada. Alzan sus cuellos, alargan la vista hacía sus progenitores, no hay rastro de ella. No tengas prisa, tus hijos estarán a punto de salir, solo hay que tener paciencia.

Ya no quedan padres, solo unos pocos niños esperan apenados su recogida, es mi momento. ¿Qué tenemos? Tres niños, no hay niñas. Es igual, hay un cambio. Sal del coche, deja de temblar, esto lo haces por su bien. Acércate a ellos, sonríe, extiéndeles el brazo y sonríe. Di tu frase.

Perdón por llegar tarde.

Capítulo 4

¿CUÁNTOS AÑOS ME ECHAS?

.

“¿Cuántos años me echas?” Adoro ver sus miradas interesadas al hacerles esta simple pregunta. Sus rostros de inocente inquietud se tornan en una conmovedora incitación a poder adivinarlo. Adoro sus medias sonrisas burlonas que les salen cuando, en sus encantadoras cabecitas, piensan haber dado con la respuesta correcta. Ni una sola mujer ha atinado jamás, ni tan siquiera acercarse a una cifra similar.

“Diría que unos veinticinco”, suelen decir con cierta seguridad.

“¿Unos veinticinco?”, suelo preguntar sin perder mi encanto natural, y continúo: “¿Qué me diríais si en realidad tengo muchos más?”. Esta es mi parte favorita, pues ni una sola dama mantiene la postura. Se alteran al oír “muchos más”, como si no lo comprendieran, como si más allá de su deducción no hubiese mayor razón. Será por mi aspecto juvenil, mi larga melena negra como el carbón, o mi piel pulida, suave y libre de cualquier muestra de vejez. Ciertamente no las culpo, no me molesta, al fin y al cabo, ellas ven una realidad que se escapa de toda comprensión.

“Realmente tengo trescientos noventa y siete años”. En este punto su preocupación se convierte en una especie de sonrisa aliviadora, llegando incluso a una leve risotada cuando culmino diciendo: “Casi ochenta lustros.”

He tenido que variar mi modo de coquetear a lo largo de mi vida, los tiempos cambian y con ellos las mujeres. Añoro el siglo XIX, antaño el arte de conquista era más elegante, más fino, mucho más noble, eran más cohibidas ante la presencia de un apuesto joven como yo. Ahora es diferente, es mucho más apresurado, más tosco y, aunque me beneficia en cierto modo, pierde el encanto, pierde la frescura, la pureza. No siento que salga de caza, no advierto la presencia de una presa, no reparo el mismo brillo que hace un tiempo cuando las miro a los ojos, no me temen, no respetan, simplemente... se dejan llevar.

¿Qué más les puedo pedir a un grupo de muchachas que hace tiempo dejaron de ser inexploradas? Aprovecho sus prematuras adicciones a los recreativos brebajes para encandilarlas y llevármelas a las sombras. Sus deliciosos cuerpos novicios y la sangre, ahora menos casta, son mi elixir de juventud, mi remedio contra la muerte.

No me siento un monstruo por hacer lo que hago, me considero un bienhechor, me libero de la sobrepoblación, del desmesurado exceso de

libertinaje. Ya viví una época de condena por lo desalmada que es mi condición, de lo inhumana y deshonrosa que es mi forma de resistir, de sobrevivir.

Arranco sus ligeros ropajes con dureza, las beso, las excito, las dirijo hacia la pasión. Y cuando ya están inmersas en un apetito sexual desmesurado, actúo.

Primero presiono mi mano firmemente sobre su boca y muerdo su cuello perfumado con excesiva loción, contaminando el gusto ambrosíaco de la sangre joven, mientras procuro reducir sus desesperados forcejeos.

Luego, una vez el cuerpo está tan débil que no puede siquiera gesticular palabra, desgarró el pecho, fracturando sus costillas para sumergirme en la caja torácica y llegar al preciado corazón. Es importante que aún palpite para sentir el bombeo en cada bocado, cada dentellada es un año más de eterna juventud. Una fuente de vida disfrazada de muerte. La escena es, cuanto menos, un festival de lo grotesco, una oda al mal gusto, un suceso tan salvaje que le haría regurgitar al más sádico.

Los tiempos cambian y con ellos las mujeres, pero lo que jamás cambia es la efectividad de una pregunta tan simple y vulgar, capaz de atraer tanto el interés hacia uno mismo.

Esta noche toca cacería, tengo que arreglarme, prepararme. La última vez empapé con sangre mis mejores galas, ha sido un pequeño inconveniente, tengo que tenerlo todo listo para la media noche, va a ser una noche agitada.

A la una y media de la madrugada el pub ya está completamente lleno, las jovencitas ya se han tomado dos o tres copas, es más sencillo así. Me infiltro entre la multitud alcoholizada y espero el momento oportuno.

–En clase tía, la profesora ha pasado de llevar mi obra a la exposición del jueves. –Oigo una voz femenina al fondo del local. –Dice que es demasiado controvertida para una universidad católica.

Decido acercarme, dos chicas jóvenes se toman unas copas tranquilamente mientras discuten.

–Tienes suerte. –Interrumpo su conversación. –En el siglo XVI la iglesia condenó a muerte a muchas personas por sus “controvertidas” ideas.

La chica muestra una ligera sonrisa.

–¿Cómo te llamas? –Pregunta la amiga que la acompaña.

–¿Puedo sentarme? –Pregunto cortando su pregunta.

Las jóvenes se miran algo desconcertadas.

–Si claro.

–Me llamo Gonzalo. –Respondo con cierta timidez mientras tomo asiento.

–¿Gonzalo? –Repite la amiga conteniendo la risa. –Eso es nombre de viejo.

–Bueno, entonces es correcto.

–¿Cuántos años tienes?

–¿Cuántos años me echas?